



El ingreso de

32

Beatríz García Moreno*

* Beatriz García Moreno es arquitecta Ph.D. Actualmente dirige el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia. Se desempeña como profesora en la Maestría de Historia y Teoría de la Arquitectura, el Arte y el Diseño, de esta misma entidad, y en la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Javeriana.

y c i u d a d

niños en la ciudad

El papel de la escuela y del maestro

En la ciudad convergen múltiples historias, sociales y particulares, acontecidas a través de los años, que se cifran en cada una de sus construcciones, de sus calles; pero, debido a nuestra cultura, difícilmente ingresamos en algunas de ellas. Desde pequeños ese espacio urbano se nos presenta a través de diferentes barreras, provenientes de los límites expuestos por instituciones como la familia y la escuela, que lo convierten en un afuera amenazante y extraño. La reflexión que aquí se presenta busca examinar caminos para ingresar en él, que hagan que su encuentro se convierta en posibilidad del desarrollo del ser humano, de la sociedad en la cual se inscribe y de la misma ciudad.

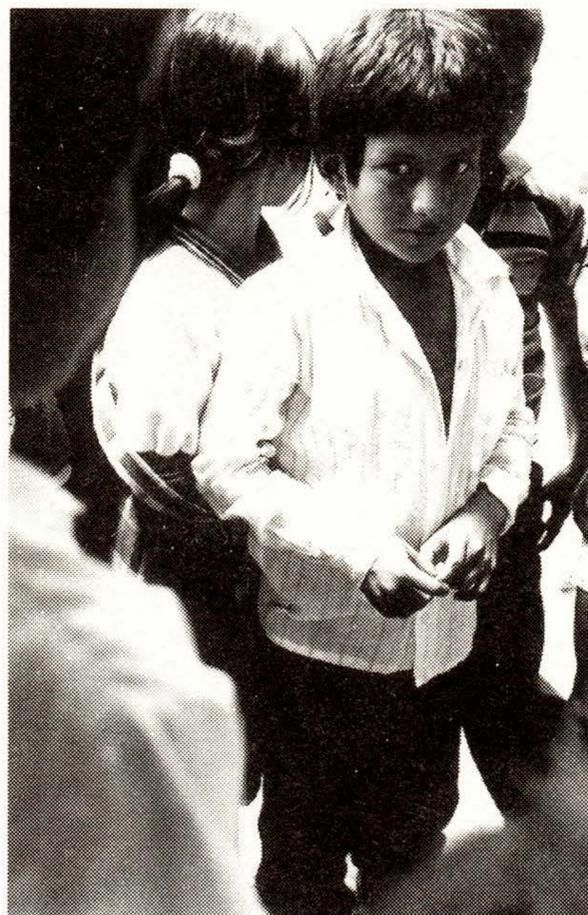
Debido a los múltiples mundos que confluyen en la ciudad su apropiación se da por caminos diferentes, mediados por las instituciones sociales que los enmarcan. Aunque podrían darse diferentes maneras de examinar ese momento de ingreso, el acercamiento que aquí se propone parte de la recuperación de imágenes escondidas en la memoria, las cuales si bien hacen parte de experiencias individuales, se suceden en marcos establecidos socialmente, que hacen que la particularidad del detalle se pierda y que las características comunes a la actitud de un determinado grupo social o comunidad sobresalgan.

Para llevar a cabo esta indagación se presenta poco a poco el relato de una de sus habitantes, como una invitación, a cada uno, a recuperar sus memorias de ingreso en la ciudad, a reconstruir la propia historia como posibilidad de descubrir y comprender los senderos de ese afuera, que a veces amamos y otras nos llena de hostilidad. Al ser la ciudad convergencia de estas múltiples historias, siempre tiene espacio para

una narración, que puede seguirse con el propósito de encontrar trazas para nuestra acción, de tal manera que podamos convertirnos en maestros-guías para el ingreso en ella de nuestros hijos y alumnos.

34

La pregunta particular que aquí se enfrenta, podría formularse en los siguientes términos: ¿cómo hacer para que los primeros marcos institucionales en los que nos movemos, como la familia y la escuela, dejen de ser mundos cerrados, realidades virtuales, libros de biblioteca, arcadias imaginadas, y nos impulsen a actuar en ese afuera real con toda nuestra condición corporal, sensibilidad y razón?



1. LA CIUDAD ENCANTADA

La infancia es un mundo donde las fantasías se suceden una tras otra. Todo lo que nos rodea es susceptible de adquirir lugar en un mundo mágico. La ciudad no se escapa a ello, y todo lo que la conforma, sus edificaciones, calles, gente, no son ajenas a esta condición.

Toda la ciudad parecía encantada. Aunque tan sólo la recorría fragmentariamente en las tardes desde un automóvil de mediados de siglo, cuando se dirigía al colegio a recoger a sus hermanos mayores. Este trayecto lo hacía acompañada del conductor y alguna de sus tías, encerrada en ese vehículo, extensión

móvil de la casa, mediante el cual atravesaban algunas calles céntricas de la ciudad, llenas de gente, de otros autos y de edificios que siempre estaban allí, acompañando el trayecto, sirviéndole de apoyo a su imaginación, que de inmediato se lanzaba a la construcción de mundos fantásticos, habitados por seres fantasmales, por personajes desconocidos, que cumplían papeles de buenos o de malos. Durante aquellos recorridos permanecía en silencio, incluso no recuerda cuáles eran las calles que transitaban; tan solo vienen a su memoria su movimiento y las fantasías que surgían con el recorrido, alimentadas por los muchos cuentos

que le contaba Tita, la vieja niñera de la casa de sus abuelos, en los cuales todo lo real aparecía revestido de una dimensión mágica, donde la bondad y la maldad convivían sin causarle mayor drama, pues siempre se sabía que algo en la narración ocurriría para que la vida triunfara. Esas narraciones se arraigaban en esas construcciones que veía desde la ventanilla de su cápsula mecánica, penetraban cada una de sus puertas y ventanas, llevándola a su interior, permitiéndole explayarse en miles de historias, que se alimentaban de la oscuridad del ambiente, del ornamento que se exhibía en sus fachadas, que a veces se presentaba como cabezas asomadas, con rasgos clásicos; otras, como guirnaldas y flores o cualquier otro decorado; todos ellos, siempre dispuestos para decirle algo.

La ciudad parecía inmensa y amenazadora, pero ella estaba protegida por esa pequeña cápsula móvil en la que se desplazaba y por su familia que la acompañaba. Todas las fantasías que surgían eran posibles, porque sabía que retornaría a los brazos de su madre, de su padre, de sus tías. Sabía que volvería a casa y



encontraría ese gran patio empedrado, de la vieja casa del siglo pasado, lleno de flores y de luz, rodeado de amplios corredores, hacia los cuales daban los cuartos y el comedor; sabía que podría refugiarse en la parte de atrás de la construcción, donde dormía la vieja niñera, y donde las mujeres cocinaban de la mañana a la noche, dando el toque final para convertir todo aquel espacio en unos amplios brazos que ofrecían cobijo y estabilidad. Era la casa de sus abuelos, donde pasaba todas las tardes y donde su imaginación revoleteaba por todos los rincones.

Al fin de la tarde regresaba a su propia casa, a la de sus padres. De ese trayecto sólo recuerda la calle Ecuador, con una cierta pendiente, que ascendían en la cápsula móvil, para llegar a su hogar, impregnado de madre, de padre y de Olga, la empleada de servicio que los acompañó por más de treinta años. En esa casa se prolongaban, en compañía de sus hermanos, los juegos al encantamiento, sin atisbar claramente ese afuera donde tarde o temprano deberían ingresar.

2. CONTACTOS CON UN AFUERA AMENAZADOR

Nuestra ciudad se presenta como un afuera lleno de peligros: automóviles que la cruzan a elevadas velocidades y pueden atropellar a alguien, personas desconocidas que quieren robar a los demás sus pertenencias, incluyendo a los niños; masa gigantesca que podría tragarse a alguien y hacerlo desaparecer, anonimato que no reconoce a nadie.

En uno de sus viajes vespertinos, cuando iban a recoger a sus hermanos al colegio, pasó algo inesperado que la puso en grave peligro. Iba como siempre, en su cápsula móvil, y se recostó en la puerta, que de inmediato se abrió y ella fue a caer en la mitad de la calle, haciendo frenar intempestivamente al automóvil que venía en la otra dirección, que evitó atropellarla. De esto no recuerda mucho, solamente, que el conductor la recogió en sus brazos y que los adultos se asustaron mucho y le brindaron cuidados especiales.

Pero este incidente le reveló el afuera. La ciudad tenía peligros, en ella los adultos parecían moverse con autonomía, pero en su condición de niña, sus pasos solamente podían seguir los mo-

vimientos de sus mayores. Ese afuera siempre lo vivía desde el adentro, desde ese mundo estructurado, que la cuidaba y protegía. Ahora esa caída la ponía en contacto con ese afuera. Aunque hubiera sido solamente por un momento, a través de un leve roce, había tenido un encuentro con la soledad, se había salido de esa estructura protectora, la cual semejaba una red tejida para sostener su pequeño cuerpo y su gran imaginación. Ese incidente de su temprana edad, había sido su única posibilidad de escape hacia el afuera de esa Medellín de su más temprana infancia.

En otras ocasiones, ese monstruo gigantesco que observaba desde sus ventanas, lograba infiltrarse en ese adentro protegido, sumiéndola en la mayor angustia, pues tenía el poder de atraer a su madre y llevársela. Esto ocurría en aquellos momentos, cuando presa de la desesperación por no poder controlar la inquietud de



sus cinco o seis hijos, decía que se iba de casa, que no aguantaba más, quedando los pequeños presos de la angustia, durante el corto lapso que duraba su ausencia. El mundo protegido mostraba agujeros por donde alguien podía fugarse, perderse en esa enorme ciudad y no volver a ser visto nunca más. La construcción tambaleaba, tambaleaba su estructura, mostraba que sus muros no eran tan fuertes, que el adentro y el afuera se tocaban.

3. LA CALLE EN UNA CIUDAD SEGREGADA SOCIALMENTE

Las calles tienen marcas sociales. Algunos barrios están llenos de niños en la calle, que juegan sin descanso, quizás porque sus viviendas no tienen espacio para ello, o porque la tradición ha indicado que la calle es más agradable. Otras veces, las calles están desiertas. Los niños no las habitan porque, probablemente, sus casas están equipadas con amplios patios o porque, quizás, sus juegos los realizan en el club social, de tal manera que no sufren el peligro que pueden encontrar en la calle, ni se mezclan con niños de otra clase social.

Su experiencia de calle de barrio estaba muy controlada, aunque en ocasiones, se convertía en patio de juego. Esto ocurría porque su casa estaba situada en un barrio de Medellín que sus padres no consideraban adecuado para su nivel social. Ellos habían tenido que irse a vivir a esta propiedad de su abuelo paterno, debido a una quiebra económica



de su padre, un músico poco capacitado para la vida de los negocios. Sin embargo, la casa era grande, con dos patios, como la de sus abuelos, pero menos estable, pues como a sus padres no les gustaba su ubicación, y pensaban que deberían vivir en otra parte, en otro barrio, en otra calle, los cimientos que la sostenían se tambaleaban permanentemente.

Sus escasas salidas a la calle estaban vigiladas por Olga, quien tenía la obligación de cuidarlos, de permitirles juntarse, solamente, con los niños que sus padres seleccionaban. Pero aquella calle no se veía peligrosa, siempre estaba llena de niños que practicaban diferentes juegos, y de adolescentes que se la tomaban para construir sus mundos. Aquella calle inclinada siempre parecía en hora de recreo. Era deliciosa, festiva, la atraía muy fuertemente, como queriéndola sacar de su encierro protector; le ponía de presente la opresión de ese interior y se le mostraba como una posibilidad para liberarse de él, de ese cariño que, tantas veces, se daba en medio de opresiones y tensiones, de tratos injustos que revestían a los adultos con las características de los personajes malos de los cuentos de hadas. Cuando esto ocurría, la calle se ofrecía como camino salvador, como un resquicio por dónde fugarse de ese ambiente interior, que aparecía como una cárcel, lleno de seres despiadados.

¡Cómo cambiaba aquella calle!...

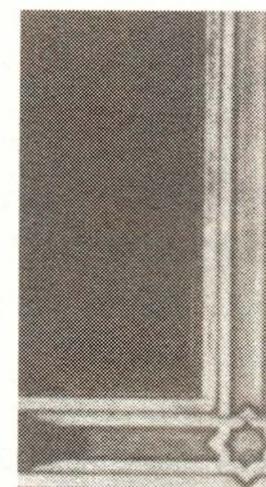
4. EL INGRESO EN EL AFUERA DE LA MANO DEL PADRE

Aunque la ciudad está jerarquizada por episodios de su historia social cifrados en edificios y monumentos, que indican lo que sucede en cada uno de sus espacios, cada quién tiene su propia jerarquía, definida por su historia, por la manera como ingresó en ella, por los afectos que le acompañaron en esos primeros trayectos:

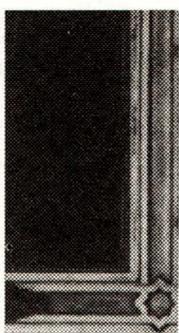
Pero ese afuera también dejaba moldearse. Esa masa que parecía extenderse sin fin, dejaba penetrarse, no sólo por el autocápsula, sino por los recorridos a pie, que hacía los domingos por la mañana, en compañía de sus hermanos y de la mano de su padre. Estos paseos le mostraron otro afuera. En la mañana temprano caminaban a la iglesia, a esa enorme construcción, que le parecía tan linda, llena de estatuas, de imágenes que acompañaban a sus padres y que, durante aquella época, introyectó en su vida como posibilidad de refugio, pues ya sentía que ese mundo en el que la cuidaban tanto, era frágil e inestable. Ese templo le ofrecía protección a cambio de que respetara lo impuesto. Pero era difícil, y no dejaba de sentir el temor que produce un gran

juez, pues era necesaria su total sujeción, el sometimiento de su cuerpo, de lo oculto que había en ella, que a veces quería sobrepasarla, dando lugar a que un sinnúmero de demonios aparecieran y la tomaran.

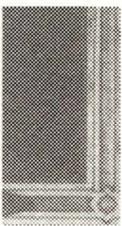
Pero luego, la fiesta empezaba, la ciudad de su padre no sólo era la ciudad de Dios, sino también la ciudad del disfrute. En ocasiones emprendían un recorrido que tenía como propósito visitar a los ciclistas, los héroes de los años cincuenta, especialmente de sus hermanos mayores. Otras veces, iban a ver los desfiles militares, los cuales tenían un atractivo especial para su padre, quien indicaba a sus pequeños hijos su marcialidad, su vestimenta, su acompañamiento, y otras se dirigían a ver saltar a los caballos, a encontrarse con otro de los sueños de su padre, ligado, quizás, a viejos amores. Así ingresaba en su ciudad, en la ciudad de sus afectos, en sus rutas y rincones.



Algunos domingos iban al cine. ¡Qué alegría ir a aquellos teatros, donde además de meterse en el mundo total de la fantasía, había concursos para los niños, y a veces, hasta alguno de sus hermanos podía lograr un triunfo para la familia! El cine empezaba a las once de la mañana, y allí llegaban cogidos de la mano del padre, al igual que muchos otros niños que lo hacían acompañados de sus adultos protectores, padres, madres, otros. El teatro era un gran espacio lleno de sillas que bajaban hacia un escenario con un gran telón al fondo, y contenía un mundo lleno de promesas de fantasía y diversión. Las largas hileras de sillas de cuero rojo oscuro o café, se ocupaban por todos estos pequeños visitantes que tenían que



abrirlas con la ayuda de sus padres, que se las tenían, mientras lograban subirse en ellas. Antes de empezar la función todos hablaban a la vez y algunos niños corrían por los pasillos; luego, la luz se disminuía y se corría el telón, y la función daba comienzo, precedida del león de la Metro, que indicaba que el mundo fantástico se pondría en acción. Todos quedaban presos en él, dejándose conducir a realidades inventadas que alimentaban sus sueños y posteriores incursiones en el afuera.



En no pocas ocasiones, el padre los llevaba a un barrio pobre, ubicado en un terreno que había frecuentado en la infancia, pues allí estaba la antigua finca de sus padres, convertida luego en barrio popular. Allí, decía su padre, iban para hablar de Dios, y para tocar, por un rato, el acordeón. Las calles eran estrechas y las casas pequeñas, había mucha gente y siempre los rodeaban como a seres que venían de otros mundos, que no era el de ellos, pero al cual les gustaría poder acceder algún día. Su padre se alegraba de estar en ese lugar donde parecía que lo querían y admiraban, donde escuchaban su música. Allí no tenía que competir con los de su clase, podía entrar y salir con facilidad. Era grato acompañarlo en esas visitas, pues desplegaba un estado de ánimo lleno de jovialidad, diferente al que usualmente tenía en casa. Su esposa no lo acompañaba en estas actividades, pues no estaba capacitada para traspasar los límites de su crianza, y moverse en el sentido transversal en que lo hacía su padre, quien parecía encontrar reposo en ese cambio permanente de estratos.

La cárcel también hacía parte de esa ciudad de su padre, que conoció en la infancia y compartió. Las visitas a ese lugar eran extrañas. Allí se ponía de presente esa sensibilidad de su padre, que lo llevaba a desplazarse al mundo de los marginados, y en este caso de los castigados, de los transgresores. Iban a la cárcel del Buen Pastor, ubicada en el barrio Belén, en auto o en bus, con el padre, los hermanos, su acordeón y sus músicos. Pues allí también se iba con el propósito de cantar y tocar, de invitar a las presas a hacerlo. No entendía muy bien lo que allí ocurría, ni lograba captar el dolor de las mujeres allí encerradas, a veces jovencitas, a veces viejas, pues su llegada las hacía reír, bailar y cantar. Sus visitas parecían representar para las prisioneras, el encuentro con seres impregnados del afuera, de la luz, del sol y del aire, que ese mundo encerrado y encadenado no tenía.

La ciudad que conoció, de la mano de su padre, le permitió descubrir que su mundo protector estaba lleno de agujeros, que ese mundo exterior no sólo era amenazador, sino atractivo, que de diversas maneras le invitaba a enfrentarlo, con su propia corporalidad y no sólo con los relatos de historias inventadas.

5. LA ESCUELA Y EL INGRESO EN LA CIUDAD

En nuestra sociedad, la escuela se plantea como una expansión de la casa, de su encierro. Los niños van a ella para empezar su socialización, para aprender la cultura de la humanidad construida a través de los años, contenida en infinidad de libros, guardados en inmensas bibliotecas. Los niños van a la escuela para educarse en los bienes y valores establecidos. Los niños de los estratos altos y medios van a los colegios privados, cerrados completamente a la ciudad. Los niños de los estratos bajos van a la escuela pública, ubicada, muchas veces, en su propio barrio. Lo hacen a través de sus calles, aunque éstas no estén adecuadas para alivianar el trayecto de sus pequeños cuerpos.

El colegio, como la casa, no le enseñó la ciudad. Era otro mundo cerrado, muy protegido como su casa. Le enseñó la ley moral y un mundo complejo, pero mirado desde las aulas. Allí, el afuera, era enseñado como una historia llena de héroes que la habían construido, que habían creado las normas con las cuales debería comportarse; era un continuo campo lleno de símbolos que parecían haber existido desde siempre, que deberían ser interiorizados, para enfrentarse al espacio externo, a ese afuera que ya había empezado a recorrer de la mano de su padre. El colegio estaba programado para dotarla de instrumentos que le permitieran enfrentar ese afuera y reforzar sus estructuras simbólicas, sus acuerdos sociales, elaborados durante siglos por quienes detenían los poderes. Allí estaban las futuras madres y padres para instalarse en el orden; allí se transmitía una tradición.



Los sábados por la mañana los llevaban a los barrios de niños pobres para enseñar a éstos, el catecismo. Las maestras decían que esos pequeños querían saber de Dios, pero parecía que querían saber más de ellos, que representaban ese mundo prohibido e inalcanzable. Pero de nuevo, en estas visitas, se filtraba el afuera con su complejidad, la disimilitud de mundo, la aparente falta de puntos en común. Los unos estaban en un nivel y los otros en otro. Sin embargo, aquellas enterradas calles le atraían, pues parecía que en ellas los niños gozaban de una libertad que a ella no le estaba permitida.

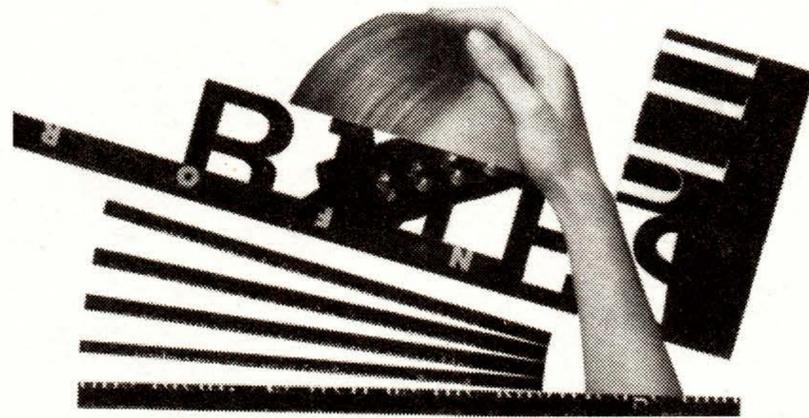
En ese mundo del colegio, también tuvo la oportunidad de vivir una calle corta, la calle que caminaba desde la puerta del colegio a la casa de otra estudiante, por donde pasaba el bus; al principio el recorrido lo hacía de manos del padre y luego con sus hermanos. Estos pequeños trayectos traían el aire de un afuera al que debería acceder con el ritmo impuesto por los mayores.

Hasta este momento, su visión de ciudad podría resumirse de la siguiente manera: su casa, la casa de los abuelos, la calle del bus del colegio, la calle de los buses públicos, la calle para ir a la iglesia, la calle para ir al cine, la calle de los desfiles militares, la calle para ir a ver los caballos saltar, la calle que se tragaba a su madre y la hacía desaparecer, la calle que se llevaba a su papá con su acordeón, todas las mañanas, y lo devolvía en las noches, las calles de ricos y de pobres, la calle del Buen Pastor. Esa era la ciudad de su infancia, que apenas se perfilaba en esos tempranos años, en la cual sus habitantes, debido al poder de su imaginación, podrían quedar fácilmente convertidos en fantasmas. Era la ciudad que apenas presentía.



6. EL PAPEL DEL MAESTRO EN EL INGRESO A LA CIUDAD

Luego de seguir el recorrido de esta niña que da cuenta de su ingreso a la ciudad, donde es posible ver las dificultades que implica el hacerlo, las ambigüedades que conlleva, es posible preguntarse por cuál debería ser el papel del maestro en ese descubrimiento de la ciudad. No hay duda de su importancia, ya Platón, en *La República*, dedicó largas reflexiones a indicar la necesidad de educar a los jóvenes, a los futuros guardianes de la ciudad. Pero, ¿desde dónde deben darse esas enseñanzas?, ¿desde una escuela abierta o un colegio cerrado? ¿Deben concebirse, el colegio o la escuela, como prolongación de la casa o prolongación de la calle? Ellos se perfilan como confluencia de caminos, confluencia de lugares, allí llegan las historias de diferentes mundos cerrados y se mezclan con los mundos cerrados locales, armados de normas y códigos de comportamiento. ¿Podría pensarse en una escuela abierta?, ¿en una escuela donde si bien confluyeran los caminos, ellos no fueran sino una invitación a ser recorridos de mano de los maestros, de aquellos que ten-



drían que enseñarles la ciudad a los niños a partir de sus vivencias y experiencias como posibilidad de encuentro consigo mismos, como posibilidad de ruptura de ese mundo protector, como posibilidad de empezar a construir sus propias trazas, inspirado en la ciudad transmitida por sus mayores? Esa sería la posibilidad de enfrentar ese mundo sin temor, de reconocer la tradición contenida en sus edificaciones, de tener contacto con diferentes grupos sociales, de disfrutar de su diversidad, de tener la posibilidad de compartir ese espacio con otros mundos que también se vuelcan a él y les dan cabida.

La ciudad está llena de quiebres, de capas que la complejizan, es una inmensa aventura para amar, vivir y descubrir, pero, ¿cómo abordarla? El colegio, en nuestro medio, se ofrece cerrado, como una prolongación de la casa cerrada, del bus cerrado, de las puertas y ventanas cerradas. Abordamos la ciudad, desde los símbolos que heredamos de una cultura cerrada, encerrados en libros que cumplen con lo que se les ha encomendado. La ciudad la vemos desde el bus del colegio. ¿Por qué no convertir la ciudad en aventura de vida y amarla como aquella que enseña a vivir? ¿Por qué no hacer de ella un lugar para el aprendizaje?

A través de la historia, la escuela ha sido un lugar para la formación en el bien. Pero, ¿cuál bien? el bien de lo instituido. ¿Acaso, alguien consultó nuestro deseo? Nadie, tan solo aceptamos, con una gran dificultad, lo que se nos proponía. En sus aulas se aprenden los rituales para ingresar en ese mundo que se nos ofrece. Desde ese mundo cerrado, instituido, se mira el afuera; cualquier transgresión, debe castigarse, corregirse. Las leves intuiciones que indican un camino propio son trabajadas para que las acciones se enderecen por los caminos permitidos. Pero, ¿por qué no abrir la escuela?, ¿por qué no proponer a los maestros, que abran su corazón y enseñen su ciudad? La ciudad que quizás han conquistado con gran esfuerzo, ¿o es que ellos tampoco la conocen? Amar la ciudad a través de vivirla, amar la historia a través de conocer la ciudad. Reconocer en sus construcciones la memoria de sus mayores, la historia de sus valores; conocer, a través de ella, los intercambios sociales, convertirla en centro de enseñanza. ¿Por qué no abrir la escuela y hacer clases en la calle, y jugar en los parques e ir al cine y al teatro con los maestros y compañeros, y comer en

ella? ¿Por qué no recorrer las calles, en su textura, color y proporciones, en sus agujeros, para ir en busca de personajes fantasiosos, fantasmas o príncipes y/o princesas, tomándola como parte de la cotidianidad, permitiendo al deseo moldearla, apropiarse de ella, con la guía sutil del maestro? ¿Por qué no abrir los mundos cerrados y dejar de ver la ciudad como lugar de lo prohibido, de lo habitado por lo indeseado, por lo amenazante? ¿Por qué no permitir que la escuela deje de ser el lugar del encerramiento y se convierta en el lugar de la confluencia de mundos con salida al afuera, en posibilidad de vivencia de lo exterior? La escuela como convergencia de caminos, llegada y salida, abierta, posibilitadora de trayectos, posibilitadora de ingresar en la historia, en la ciudad, de encantarla y desencantarla, de disfrutarla, de temerla. ¿Por qué el maestro no se convierte en guía del niño en la aventura del afuera, en la aventura urbana?



¿Por qué no pensamos en construir una ciudad donde el deseo tenga cabida, donde sea posible el involucramiento corporal para su aprehensión, donde el maestro transmita su propia experiencia, sus entusiasmos y temores, donde ambos, maestro y niño, se lancen a recorrerla, a descubrirla, aprendiendo uno de otro? Esto exigirá una manera diferente de abordar su diseño y construcción, pues tendrá que hacer las veces de aula y de patio de recreo, tendría que tener espacios para permitir el desplazamiento cómodo de estos pequeños habitantes.